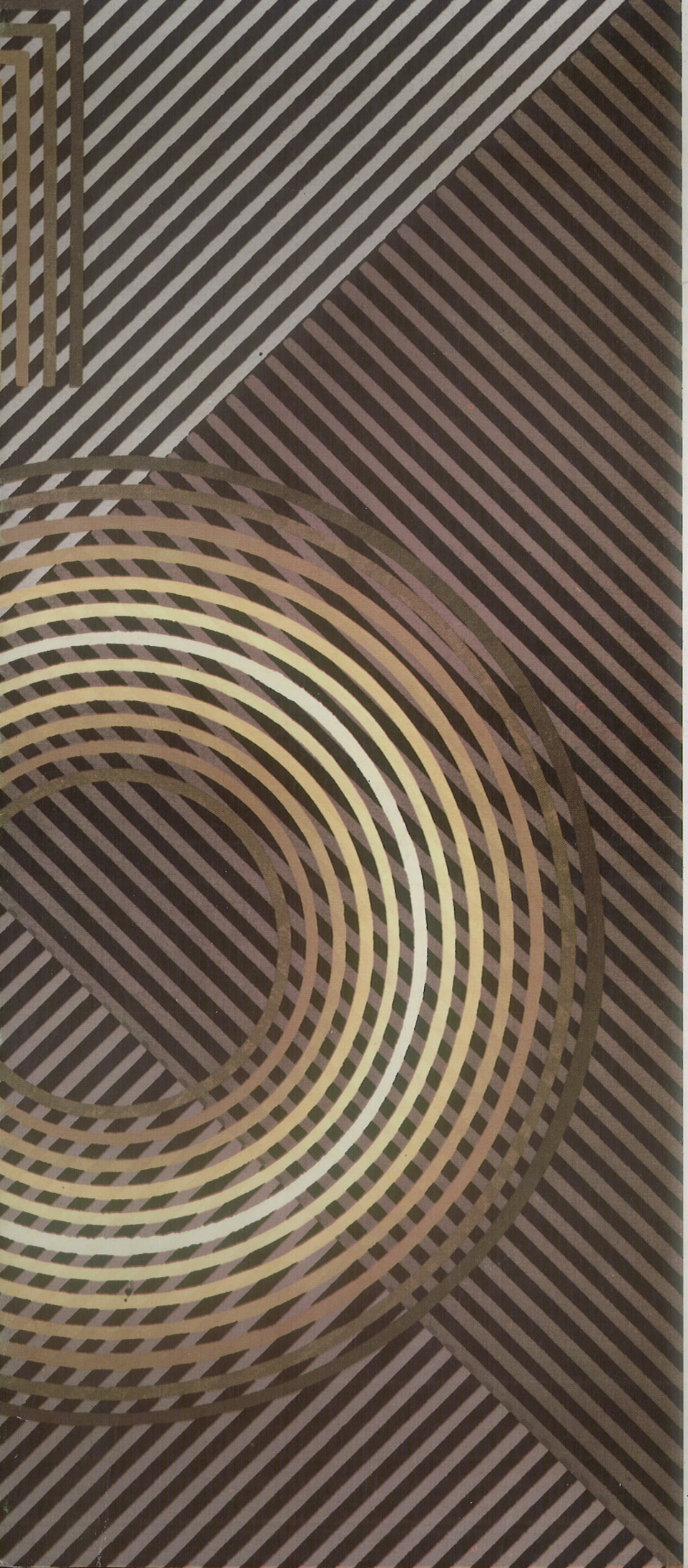

FORMA ABIERTA

CUADERNOS DE
CREACION
E INVESTIGACION
ARTISTICA

Suplemento de
la Revista
«INSTITUTO DE
ESTUDIOS ALICANTINOS»

FORMA ABIERTA

CUADERNOS DE
CREACION
E INVESTIGACION
ARTISTICA

Suplemento de
la Revista
«INSTITUTO DE
ESTUDIOS ALICANTINOS»

FORMA ABIERTA núm. 16

Suplemento de la Revista
«Instituto de Estudios Alicantinos»

Excma. Diputación Provincial
de Alicante

DICIEMBRE, 1983

DIRECTOR: ADRIAN ESPI VALDES
SUB-DIRECTOR: Manuel Martínez Blasco
CONSEJO ASESOR: Juan de Dios Aguilar Gómez
Enrique Llobregat Conesa
Manuel Martínez Blasco
Vicente Martínez Morellá
Juan Antonio Montesinos Busutil
Luis Rivera Pérez
CONSEJO DE REDACCION: Vicente Mojica Benito
Juan Mateo Box
José Antonio Cía Martínez
Enrique Llobregat Conesa
P. Francisco Espinosa Cañizares
Gaspar Peral Baeza
Gregorio Hernández Rodríguez
Antonio Luis Galiano Pérez

Depósito legal: A.444-1974

Gráficas DIAZ, S.L. - Marte, 6 - Alicante

Tres escritores jóvenes ilicitanos

ELISEO MORA
JUAN ANGEL CASTAÑO
GERARDO IRLES

Ilustraciones: FRAN. LOPEZ

Reflexiones sobre un crimen perfecto

Por ELISEO MORA

Todavía no sé a ciencia cierta qué fue lo que me impulsó a matar a mi hermano.

Tal vez, el hecho de que ya estaba hasta el gorro de su actitud, pues se pasaba la vida restregándome sus éxitos por las narices, mientras yo callaba y tragaba.

Puede que a causa de sus brillantes notas en el instituto, mientras yo me ganaba los responsos de mi padre, soportando sus soporíferas disertaciones, en las que el vocablo más socorrido era el epíteto «inútil».

También es posible que me asquease su refinada forma de comportarse o la facilidad con que cambiaba de novia, chafándome siempre los planes, ya que su incomparable físico las atraía irresistiblemente, cuando era yo el que daba siempre el primer paso y las enrollaba, para indefectiblemente acabar yéndose con él al huerto.

Y sólo porque era trece meses mayor que yo, adoptaba ese aire de superioridad, ridiculizándome delante de todos, dejándome como la última mierda del grupo o de la familia.

En resumen, yo era la oveja negra de la casa, mientras el «santo» de mi hermano pasaba como modelo de intachable conducta y de hombre responsable y con futuro.

Por eso, una tarde mientras jugaba mi partida diaria en la maquinita del millón y ponía a mi hermano como el blanco de la bola, la lanzaba con tal maestría que con su ayuda indirecta, conseguí jugar más de doce partidas gratis, sacando además cinco duros, al vender a unos chavales las cinco partidas que me quedaban.

Creo que fue entonces cuando se me ocurrió que podía librarme de él.

Comencé a leer novelas policíacas, en busca del crimen perfecto, pero los pocos métodos que se podían utilizar, quedaban muy lejos de mis posibilidades.

Pensé en empujarlo bajo las ruedas del metro en un momento en que hubiese mucha gente, pero era imposible ya que en la ciudad donde vivimos no hay metro. Tan sólo una estación subterránea de ferrocarril, pero mi hermano no la utilizaba nunca porque tenía vehículo propio.

Continué devanándome los sesos durante una temporada, sin encontrar el medio adecuado para eliminarlo, pues no me decidía por ninguno.

¡Y eso que no me faltaron ocasiones para hacerlo! Como una tarde en que estábamos con toda la familia en el campo y él se encontraba debajo del coche arreglando la junta del tubo de escape. Me hubiese resultado sencillísimo quitar el gato y el automóvil habría caído sobre su cuerpo, aplastándolo.

Pero yo no quería un fin así para mi hermano, pues estoy convencido de que para cada persona existe un tipo de muerte y aquello era demasiado poco, tanto para él, como para mí.

Yo quería algo más acorde con mis gustos y que al mismo tiempo, coincidiese con los suyos.

Ambos practicábamos deportes con bastante asiduidad, pero veía difícil y poco ético matarle de un raquetazo o de un pelotazo.

En un principio, me decanté por invitarle a explorar una cueva submarina que conocía. Había llegado incluso a llenar con gas una botella de oxígeno, pero desistí, al pensar que tendría que eliminar después la botella y sólo teníamos dos, por lo que no podía sustituirla.

Se me ocurrió también que podía pisarle el cuello en medio de un partido de hockey, pero lo descarté también ya que sería muy difícil probar que se trataba de un accidente, delante de tantos testigos.

El tiempo fue pasando y yo vivía obsesionado por encontrar el crimen perfecto, no dudando que llegaría el día en que lo lograra.

Mientras tanto, mi hermano ya no me humillaba con tanta frecuencia como en el pasado, pues parecía aburrirse con ello.

Yo, en cambio, cada vez deseaba con más fuerza deshacerme de él, disfrutando por anticipado de su agonía.

Pero el tiempo pasaba y no conseguía encontrar el método apropiado.

Pensé incluso en sabotearle el coche, aflojándole varios tornillos de cada rueda, pero como podía resultar peligroso para los demás conductores, me abstuve de llevarlo adelante.

Así mismo, investigué en la literatura, buscando información sobre los efectos de los venenos y sus secuelas, mas no me convencía demasiado ir envenenándole lentamente, además de que me parecía muy refinado para lo que yo quería.

Fue una tarde, en una reunión de amigos, cuando comencé a fraguar lo que sería la idea definitiva, la que llevé adelante con éxito, pero para la que también tuve que esperar otro lapso de tiempo, para que las coyunturas encajasen perfectamente.

Estábamos viendo unas diapositivas tomadas por unos amigos en el curso de una travesía por montaña. Unas imágenes genuinamente bellas, mostraban a algunos compañeros participando en la escalada de una pared terriblemente lisa y vertical.

Quedé fascinado, no tanto por las panorámicas, sino por el recuerdo de que mi hermano se jactaba de ser un experimentado escalador.

A raíz de aquello, comencé a interesarme por la montaña y en un tiempo récord hice un cursillo de escalada, superándolo.

Salí asiduamente todos los fines de semana, generalmente solo, buscando el escenario propicio para mis planes. Realmente era difícil encontrar una pared rocosa que reuniese las condiciones mínimas que yo mismo me exigía:

- Que fuese relativamente fácil, para que se confiase.
- Que tuviese el atractivo suficiente para que mi hermano accediese, y
- que tuviera la altura necesaria para que una caída resultase mortal.

Recorrí todas las sierras de la provincia, hasta encontrar una lo bastante fácil, pero con la base plagada de abundantes peñascos.

Después de subirla varias veces, llegué a la conclusión de que era tal la sencillez de la escalada, en la que sólo había que utilizar una docena de clavijas a lo sumo, que el más mínimo descuido haría que los huesos de uno dieran con las enormes rocas que se alzaban al pie de la pared.

En las dos siguientes semanas no pude ponerme en contacto con él, ya que se encontraba demasiado ocupado preparándose para los exámenes que le faltaban del último año de la carrera de ingeniería.

Por fin, después de mucho insistir, conseguí que aceptara, ya que fingí desear que me ayudara a perfeccionar mi técnica de escalada.

Fijamos así la salida para el 20 de junio, viernes, después de la comida.

Esperé impacientemente la llegada del día indicado, contando las horas con una ansiedad tal, que creo que fue el período de tiempo más intranquilo que viví hasta ahora.

El día indicado, acabada la comida en casa, cargamos las mochilas en el maletero y tomamos la carretera en dirección al nordeste de la provincia.

Dos horas y media después, dejábamos el coche aparcado en el pueblecito, que distaba casi cinco kilómetros del paraje que yo había elegido.

El camino había parecido demasiado largo, ya que no hablamos casi nada. Mi hermano parecía embargado en ocultos pensamientos y por un momento llegué a temer que recelara algo, por lo que decidí obrar con la máxima cautela y precisión.

Anduvimos los escasos kilómetros que nos separaban del lugar que buscábamos, no dejando yo de observar ni un solo momento, atento, las evoluciones de mi hermano, que abría y cerraba alternativamente los brazos respirando profundamente, intentando descontaminar sus cargados pulmones.

Emplazamos la tienda en una pequeña elevación rodeada de arboleda, cerca del sitio donde lo hice cuando vine por primera vez.

Poco después, cerca de las nueve y cuarto de la noche, contemplábamos en silencio una hermosa puesta de sol, que al menos a mí, me hizo reflexionar más de la cuenta.

Sí, porque por unos momentos, tan sólo unos segundos, me pregunté si realmente valía la pena matar a mi hermano.

Me contesté a mí mismo que después de todo el tiempo que llevaba deseándolo, no podía ser tan cobarde como para dejar escapar la oportunidad que se me presentaba ahora por sentimentalismos inútiles, que no me iban a reportar ningún beneficio, mientras que la desaparición de mi hermano me iba a permitir quedar libre de toda ofensa.

Después de cenar, hablamos junto al fuego. Hasta entonces mi hermano había guardado un mutismo tal, que a ratos, yo mismo dudaba si era a él a quien quería matar o si por el contrario, sería él quien maquinaba deshacerse de mí.

Me contó que había estado reflexionando acerca del pasado y del presente y confesó que se arrepentía sinceramente de todo el mal que me había hecho.

Por un momento quise creerle y abrazarle, perdonando todos los malos ratos que me hizo pasar, pero me abstuve, al recordar el motivo que me había llevado hasta allí.

Puse cara de chico bueno que acepta las disculpas de su hermano y éste, aliviado, se tragó el anzuelo, con lo que me pude dar cuenta de que lo tenía totalmente a mi merced.

Estuvimos un rato más junto a la hoguera, hasta que yo, pretextando cansancio, me retiré al interior de la tienda, con el fin de dar los últimos toques a mi ansiado plan.

Me dormí profundamente, sin ningún tipo de remordimientos, sin hacer siquiera caso de una teoría que me vino a la mente que decía que cada uno llevamos dentro un asesino en potencia, considerándola como una tontería más de las muchas que propagan los científicos para atemorizar a la gente.

A la mañana siguiente, al despuntar el sol, estábamos preparados, repasando las cuerdas y examinando las clavijas.

Mi hermano, apostado al pie de la pared, la contemplaba, buscando la vía más rápida para el ascenso.

El iría delante como el más experimentado, mientras yo me limitaría a recuperar los clavos, a medida que ascendiéramos.

Trepó algunos metros y estableció una reunión hasta que yo, que permanecía debajo, alcancé ésta.

Después siguió subiendo, mientras yo, desde el punto de reunión, le aseguraba.

Observaba cada movimiento esperando encontrarle el mínimo fallo. Mi hermano miraba hacia abajo de vez en cuando, para no alejarse demasiado, pero tomaba mi actitud como la de un sumiso discípulo que sigue las evoluciones de su maestro.

Casi a mitad de la pared, en la tercera reunión que establecíamos, pasé adelante para abrir camino.

Ahora era él quien me observaba, animándome cuando veía que vacilaba, ignorando que yo lo hacía adrede, ya que había subido aquella pared varias veces y solo.

Recuerdo que miré hacia abajo y que él me gritó, aconsejándome que no mirara atrás, para no tenerle miedo al vacío que se abría bajo ambos.

Pero lo que yo buscaba era la confirmación de que me encontraba a la suficiente altura como para que una caída resultara mortal.

Fue entonces cuando me dediqué exclusivamente a buscar una grieta que ya tenía localizada, para introducir en ella la clavija definitiva.

Simulé que me costaba mucho clavarla, tapándole con mi cuerpo la escasa visión que desde abajo, podía tener mi hermano.

Ya me aconsejaba que lo intentara en otro sitio, cuando pasé el mosquetón por la cuerda que me unía a él.

A partir de ese momento, debía utilizar toda mi pericia alpinística y trepar asegurándome a donde pudiera, ya que en aquella clavija que estaba prácticamente suelta, sería yo el que acabara dando con mis huesos en los peñascos del pie de la pared.

Comencé a sudar, poniéndome muy nervioso. Miré hacia el clavo, a casi diez metros por debajo de mí, mientras mi hermano, que parecía haberse dado cuenta de mi nerviosismo, me aconsejaba que estableciera allí mismo otra reunión y que esperase hasta que subiese él.

Quien haya practicado la escalada, sabrá que en una cordada de dos miembros, el peligro se reparte casi por igual, ya que mientras uno progresa, el otro permanece quieto, asegurándole. Y en caso de caída del primero, si el otro se descuida, corre al riesgo de ser arrastrado a su vez.

Vi a mi hermano que comenzaba a ascender, mientras yo, desesperadamente, introducía otro hierro, pues si todo salía bien, caería al vacío, pero ¡me arrastraría a mí con él!

Quedé paralizado, mientras veía como se acercaba a aquella maldita clavija. El sudor recorría mi cuerpo haciendo que se me pegara la ropa. El miedo se apoderó de mí, pues por un instante me vi cayendo pared abajo, rebotando entre los peñascos, frustrándose así mi venganza.

Creo que incluso las lágrimas asomaron a mis ojos, hasta que una voz en mi interior, me ordenó lo que tenía que hacer.

Le grité que se detuviera y me esperase. Al principio no consintió, pero al ver que yo pasaba el mosquetón por una cuerda auxiliar y me disponía a descender utilizando el rappel, accedió a ello.

Así pues, me descolgué hasta donde se encontraba él, utilizando tan sólo la última clavija clavada, no corriendo así el peligro derivado de haberlo hecho empleando la cuerda que me unía a mi hermano, en la que se encontraba el clavo suelto.

Cuando estuve a su lado, le supliqué que abandonásemos la escalada y volviésemos abajo.

Se rió de mí, llamándome cobarde y sin pensarlo dos veces, comenzó a trepar hasta la siguiente clavija.

Había resultado casi como yo lo planeara, pues renació en él su afán de superioridad y olvidando las más elementales reglas de seguridad en la montaña, ascendía sin asegurarse, precisamente como yo esperaba.

Mi corazón latía furiosamente. Todavía estaba a tiempo de impedirlo, pero no lo hice.

Finalmente, cerré los ojos cuando adiviné que se encontraba en la grieta y me agarré fuertemente a la cuerda, cuando escuché su grito y pasó casi rozándome, al encuentro de las peñas.

Permanecí inmóvil durante unos minutos, después de escuchar el golpe sordo que produjo al estrellarse, pero al no oír gritos ni lamentos, supuse que todo había salido bien.

Miré hacia el fondo y le vi, encajonado entre dos grandes piedras, No se movía.

Esperé un poco más, hasta que el temor comenzó a apoderarse de mí. Me preguntaba que si no había muerto, tendría las agallas suficientes para rematarlo.

Clavé un par de clavijas más a pesar de que en el punto de reunión había ya tres de ellas y pasando por los respectivos protectores las cuerdas, descendí, utilizando de nuevo el rappel.

Durante la bajada el viento, casi ausente hasta ese momento, comenzó a dejarse sentir, haciéndome balancear peligrosamente.

Tuve èl presentimiento de que en adelante, todo se volvería contra mí, que en cualquier momento pudiese reposar junto al cuerpo de mi hermano, pero a medida que me acercaba, la velocidad de mi descenso parecía aumentar vertiginosamente. Flexioné adecuadamente las piernas y me detuve en el suelo sin dificultades.

Le miré por unos instantes y sin experimentar ninguna desazón, pero tampoco ningún otro sentimiento.

Me encaminé hacia el pueblo, con las manos en el fondo de mis pantalones bávaros. Me maldecía a mí mismo, por no haberme atrevido a escupir sobre su cadáver, como me había jurado cientos de veces.

El resto fue muy sencillo. Llegué al pueblo y acudí al cuartelillo de la Guardia Civil, comunicando que habíamos sufrido un accidente mientras escalábamos.

Regresamos en un Land Rover y rescataron el cuerpo, que trasladaron al cementerio del pueblo donde vivíamos, a petición de mis padres.

Yo aparecía como bastante afectado, aunque en el fondo, no me arrepiento de haberlo matado.

Ahora me pasa lo mismo, pero lo echo de menos, añorando un tanto las disputas que manteníamos, pero al fin y al cabo, él se lo merecía, porque muchas noches no me dejaba dormir, entre otras cosas por sus ronquidos.

-83

Una carcajada en la obscuridad

Por ELISEO MORA

Abrí la puerta de la habitación, y tras pegarla todo lo que pude a la pared, me deslicé cuidadosamente, intentando que las ruedas de la silla en que iba sentado, no tropezaran con ningún mueble. Todavía no me había hecho plenamente al manejo de dicho artefacto, pero la verdad es que no tenía ninguna prisa en conseguirlo, pues según me habían diagnosticado los especialistas, sería el medio de transporte que utilizaría durante el resto de mi vida.

Menos mal que me encontraba ya en casa, pues no hubiera podido soportar por mucho más tiempo la estancia en el hospital, donde todos me miraban como a un mal bicho, y me rehuían. No recibí ni una sola visita durante todo aquel tiempo, y según llegó hasta mis oídos, se rumoreaba que había muerto en aquel accidente.

Total, no había sido nada: más del cincuenta por ciento del cuerpo quemado, parálisis desde la cintura a los pies, y la creencia generalizada de que me había vuelto completamente loco.

Después de seis meses de estancia, abandoné contento el hospital, con la firme promesa que me había hecho de no volver a pisar ningún otro, en lo que me quedaba de vida, que no era mucho, según me había confesado un enfermero amigo, más sincero incluso que los mismos médicos. Me despidió aquella tarde, deseándome que disfrutara al máximo esos escasos meses.

Me detuve en el despacho, y como hacía casi todas las tardes desde que estuve de regreso en casa, puse en marcha el magnetófono, para grabar el relato del accidente, pues estaba convencido de que se me había formado una especie de laguna mental, en medio de la cual vagaban algunas escenas, que no acababa de recordar con exactitud.

Tenía a mi alcance una botella de whisky, así como hielo y vasos, y pese a la estricta prohibición médica, llené casi medio vaso.

Se daba la curiosa circunstancia de que en la semana que llevaba repitiendo estas sesiones, no había conseguido dos versiones iguales, así que primero las grababa, y después las transcribía, intentando conseguir la versión más veraz y definitiva.

En rasgos generales, la historia era la siguiente:

«Regresaba de mis vacaciones, que me habían llevado muy al interior del país, a varios centenares de kilómetros de la costa, donde vivo. Venía con el coche a gran velocidad, pues al día siguiente tenía que presentarme en la oficina, a las ocho.

Eran ya las diez de la noche, y me quedaba todavía más de la mitad del recorrido, puesto que había perdido más de dos horas intentando localizar y reparar una inoportuna avería.

Proseguí a gran velocidad, dispuesto a recuperar el tiempo perdido, ya que no me atraía demasiado la idea de conducir toda la noche por terreno desconocido, y menos, amenazando tormenta.

Llevaba puesta la radio del coche, y con la música, tenía la impresión de que los kilómetros se hacían más cortos. Escuchaba así mismo los boletines informativos, en los que se pronosticaba una fuerte tormenta para las próximas horas.

La verdad, es que viendo el color que había tomado el cielo, desde minutos antes de anochecer, podía prescindir perfectamente de los partes meteorológicos.

Yo no soy de los que se asustan fácilmente con las tempestades, pues son muchos los años que llevo conduciendo, y especialmente durante mi etapa de representante, había viajado bajo tormentas de todos los calibres.

Sin forzar demasiado la marcha del motor, iba a una velocidad de ciento veinte kilómetros

por hora, y si no pisaba más a fondo el acelerador, era porque no quería que el arreglo provisional que le había hecho a la avería, se fuera al garete.

Transcurría la carretera por un terreno totalmente llano, sin una sola curva en mucho trecho, siendo las pocas que había, completamente abiertas.

Cerca de las once de la noche comenzó a lloviznar, pese a lo cual, mantenía abierto el cristal de mi ventanilla, no así los otros.

Las notas de una divertida canción llenaban el automóvil, y según el camino que llevaban las cosas, calculé que en un par de horas habría llegado a casa. Fue por eso que aminoré un tanto la marcha, cuando comenzó a llover con más fuerza.

El cielo se iluminaba de vez en cuando por los numerosos relámpagos, que se sucedían a intervalos cada vez más cortos.

La carretera se encontraba completamente desierta, y de buena gana me hubiera detenido un poco, de haber visto al borde la luz de alguna gasolinera o restaurante, pero todo estaba sumido en la más completa obscuridad, a excepción del tramo de pista que abarcaban la luz de los faros de mi coche.

Así mismo, la breve luz de los relámpagos me permitían vislumbrar los campos entre los que discurría la carretera, plantados en toda la extensión que alcanzaba la vista, de vid.

Los sarmientos formaban amenazadores tentáculos, elevados al cielo, azotados por la lluvia y el viento, que envolvían también la rápida silueta del coche.

Decidí aminorar la marcha, por lo menos hasta que amainase la tormenta, en previsión de un posible accidente.

Circulaba escasamente a unos sesenta kilómetros hora, cuando una fortísima corriente de aire desplazó un par de metros hacia la derecha al automóvil. De no haber ido a esa velocidad, me habría echado de la calzada, con toda seguridad.

A varios centenares de metros, carretera adelante, se percibía un resplandor rojizo, muy intenso, aunque de forma indefinible.

Pisé el acelerador a fondo, picado por la curiosidad, y me lancé temerariamente, para averiguar qué clase de vehículo me había adelantado a tal velocidad.

Poco a poco iba dándole alcance, aunque no conseguía descubrir claramente lo que tenía delante, pues estaba envuelto en una especie de impenetrable niebla.

De repente, adquirió una velocidad vertiginosa, y se perdió completamente de vista, en una milésima de segundo.

Quedé completamente perplejo, y detuve el coche en el arcén. La lluvia seguía rebotando sobre el coche y la carretera, y un penetrante olor a quemado, mezclado con el de la tierra mojada, llegó hasta mí.

Lo primero que pensé fue que se había quemado el motor del coche, pero el cuadro de mandos no indicaba nada de esto. Accioné el contacto, y el coche se puso en marcha. Un tanto desconcertado, comencé a salir lentamente a la carretera, mientras a mi alrededor se iba cerrando cada vez más una densa bruma, que aun con todos los faros encendidos, me dificultaba enormemente la visión.

Cogí de nuevo una velocidad moderada, y llegué a la conclusión de que todo aquello no había sido más que una alucinación, una especie de espejismo, causado por las largas horas que llevaba conduciendo.

Me puse a silbar la canción que sonaba en la radio, mientras el coche continuaba devorando incesantemente kilómetro tras kilómetro. Dejé atrás un pequeño pueblo, de tan sólo dos hileras de casas, a los lados de la carretera, que me pareció abandonado, pues no se veía la mínima luz. En cambio, me pareció que multitud de sombras se movían sigilosamente, durante los cortos intervalos entre relámpagos.

Por primera vez en toda la noche, escuché el sonido del trueno, que produjo continuas interferencias en la emisora que sintonizaba, hasta que a los pocos minutos de haber dejado atrás el pueblo, se cortó la emisión.

Desconecté la radio, pues pensé que la tormenta había producido un corte de fluido.

Por unos instantes, el ruido de la lluvia al caer sobre el coche, unido ahora a los más frecuentes truenos, me atemorizó, hasta el punto de buscar nerviosamente alguna cinta, para escuchar cualquier música que me aislase de los sonidos del exterior. Al momento, una suave melodía invadió el interior del coche, relajándome completamente.

Comencé de nuevo a adquirir velocidad, y por un momento pareció remitir la intensidad de la tormenta, con lo que permanecí más tranquilo durante algunos kilómetros.

No se divisaba un solo vehículo en toda la extensión de la carretera que tenía ante mis ojos. Miré por el retrovisor, pero tampoco percibí ningún faro.

Seguía preguntándome qué podía haber sido aquello que me adelantó, y cuando ya lo ha-

bía alcanzado, adquirió tan inaudita velocidad. No conocía ningún tipo de automóvil que pudiera «volar» tan rápido, y digo volar, porque más que circular por la carretera, parecía flotar a escasos centímetros del suelo, pero sin llegar a rozarlo. Llegué incluso a pensar que lo que había visto, podía tratarse de un OVNI, o bien, de un fruto de mi imaginación. Y así, entre incrédulo y divertido, proseguí mi viaje.

Algunos kilómetros después, cuando creía haber dejado definitivamente atrás la tormenta, un rayo de inusuales proporciones rasgó el cielo, justo delante del parabrisas del coche. Quedé instantáneamente conmocionado por la intensa luminosidad que produjo, y acto seguido, volvió a desatarse un fuerte viento, que me obligó a hacer una brusca maniobra, con el fin de evitar salirme de la calzada. La fuerte lluvia envolvió el coche, y tuve que subir del todo el cristal de la ventanilla, para no mojarme.

Verdaderamente, era la tormenta más tonta que había visto en mi vida, si es que puede llamarse tonta a una tormenta.

Repuesto ya de la primera impresión, tras escuchar el subsiguiente y no menos aterrador trueno, reduje un tanto la velocidad, para mantenerme atento a las continuas embestidas del viento, que venían de un lado u otro, indistintamente. Toda la carretera estaba cubierta por una capa de agua, y tuve la impresión de encontrarme en medio del océano, azotado por una feroz galerna.

El ruido era tal, que me resultaba imposible escuchar la cinta, por lo que decidí apagar el aparato. El furioso viento, y el continuo repiquetear de la lluvia, componían una curiosa y demencial sinfonía, en la que los truenos ponían la nota más alta, y no por ello menos terrorífica.

En ese momento, fue cuando realmente comencé a sentir miedo, y no es porque yo sea muy impresionable, sino porque el conjunto de los elementos desatados, alcanzaba tal punto, que creí volverme loco».

Ahora viene la parte de mi relato más contradictoria. En las siete sesiones anteriores, siempre he obtenido diferentes versiones o impresiones, a pesar de haber escuchado varias veces las grabaciones, antes de transcibirlas.

Y la verdad es que no sé si dudar de lo que creo haber visto y dejar que sigan pensando que me volví loco, y aceptarlo yo mismo como tal, destruyendo grabaciones y transcripciones, resignándome a consumirme en la duda, hasta que muera, o ratificarme en mis recuerdos y aceptar que son ciertos, para que se den cuenta de que estoy tanto o más cuerdo que ellos.

La duda me corroe, y por eso me sumerjo en mares de whisky, con la esperanza de no salir a flote una de las veces, y morir dejando que todo siga su camino.

Pero hay una parte de mí que quiere que descubra la verdad, tal y como la viví, pues si no puedo fingir ante los demás, menos puedo mentirme a mí mismo.

Es por eso que, sabiendo que me queda poco tiempo de vida, y no queriendo acabarla perseguido por esa pesadilla real, por lo que al fin me he decidido a contar lo que sucedió.

Antes debo decir, que yo mismo he librado una cruenta batalla conmigo mismo, antes de lanzarme adelante. Ayer me hice un propósito: beber todo lo que pudiera para no despertar jamás, y si lo hacía, me vería obligado a escribir lo que a continuación viene, pero no lo conseguí, y por eso ahora, prescindiendo de las contradictorias grabaciones, lo escribo tal y como fue, después de anegar mi garganta con un largo trago de whisky.

«Estaba allí, envuelto en la feroz tormenta, como un bote neumático perdido en un mar revuelto por aquel ciclón.

No iba a más de veinte kilómetros por hora, cuando en el momento en que pasaba junto a unos grandes árboles, al borde de la carretera, estallaron en mil pedazos los cristales del automóvil. La lluvia azotó ferozmente mi rostro, cuando divisé un resplandor rojizo, que se iba acercando por la parte trasera del coche. Miré por el retrovisor, que se encontraba milagrosamente intacto, aunque bastante lleno de salpicaduras del agua que entraba por el destrozado parabrisas, y vi la nebulosa aparición anterior que se iba acercando lentamente.

Completamente aterrorizado, pisé el acelerador con fuerza, y a pesar de que el agua y el viento entraban con mayor fuerza por todas partes, y que me encontraba calado de pies a cabeza, conseguí separarme algo de mi perseguidor.

Al mirar de nuevo por el retrovisor, comprobé que ya me había alcanzado. Una densísima niebla entraba por la parte trasera del coche, hasta el punto de hacerme perder casi completamente la visión.

Un trueno más intenso aún que el anterior, retumbó en el espacio, haciendo vibrar el coche de tal manera, que temí que acabara desmontándose.

Me latía con tal fuerza el corazón, que tenía la impresión de que acabaría estallándome dentro del pecho. Un frío sudor me recorrió la espina dorsal, paralizándome durante una décima de segundo. Entonces, un escalofrío mortal me atravesó de arriba a abajo, al escuchar una terrible carcajada, que de ninguna manera, podía pertenecer a un ser que habitara nuestro planeta, e in-

cluso de ningún otro mundo, por la monstruosa resonancia que produjo. Parecía haber cruzado el universo entero, para caer justo sobre mí.

Giré la cabeza hacia la izquierda, y mis ojos casi escapan de sus órbitas, al descubrir que lo que había lanzado semejante carcajada, se encontraba allí, mirándome a través de una enorme bola de fuego, cuyo negro centro brillaba demencialmente.

Era algo grotesco y aterrador a la vez; una masa informe, con una especie de ojo inmenso, que ocupaba toda la parte que yo podía ver. Estaba completamente abierto, y no pude apreciar ningún tipo de membrana que permitiese cerrarlo. Giraba constantemente en una dirección, y después, sin detenerse siquiera, lo hacía en sentido contrario. El movimiento continuado, hacía que el centro permaneciera quieto, o al menos eso me pareció, a la vez que brillaba de una manera cegadora.

Enloquecido por aquella visión, pisé el acelerador con todas mis fuerzas, con la esperanza de que todo hubiera sido sólo una horrible alucinación.

No me atrevía a mirar a mi izquierda, por temor a que realmente se encontrara allí. De no haber sido porque llevaba destrozados todos los cristales, cosa que frenaba el coche, estaba seguro de que éste hubiera alcanzado la suficiente velocidad como para dejar atrás todo aquello.

Miré de reojo, y lo vi de nuevo, contemplándome de una manera que hubiera podido calificar de benévola, pero en aquel instante, todo lo que yo deseaba era encontrarme a varios miles de kilómetros de aquel lugar.

Una idea cruzó rápidamente mi cerebro. Si era verdad lo que indicaba el cuenta kilómetros, y circulaba a ciento diez kilómetros por hora, y aquello iba pegado a mí, tendría que ir a igual velocidad.

Sin pensarlo un instante, hundí el pie en el pedal del freno. Un increíble chirrido recorrió la noche, por encima del ruido de los truenos y de la lluvia y el viento. El coche se atravesó en la carretera, y comenzó a deslizarse sobre el inundado asfalto, levantando un gran oleaje, hasta que acabó con dos de las ruedas metidas en la cuneta, después de haber dado varias vueltas sobre sí mismo.

Me encontraba aturdido, y no recordaba qué había pasado. De no haber llevado puesto el cinturón de seguridad, habría salido a través del roto parabrisas, y me hubiera roto la cabeza contra el suelo.

Instintivamente, noté una extraña presencia al lado de mi ventanilla. Un temblor sin precedente me recorrió todas las células del cuerpo, y una angustia que amenazaba ahogarme, me asaltó.

Miré en esa dirección, y vi aquel detestable ojo, girando incesantemente, atrayéndome hacia él de manera irresistible.

Puse en marcha el coche, y tras un instante en que las dos ruedas que habían quedado en la parte de la carretera, giraron en el aire, el coche salió a trompicones, y de nuevo enfilé la carretera, a toda la velocidad que el estado de éste y del tiempo, me lo permitieron.

Quería pensar que todo aquello no era más que una pesadilla, pero por más esfuerzos que hacía, no encontraba la manera de despertarme.

Una vez más, giré la cabeza, y volví a verlo. Parecía que estuviese pegado al coche. Si yo aceleraba, lo hacía también él, y si reducía bruscamente la velocidad, seguía allí, como formando parte del coche mismo.

Terriblemente angustiado, y deseoso de quitármelo de encima, obré sin pensarlo, y virando bruscamente el volante hacia el lado en que se encontraba, intenté arrollarlo, abalanzándome sobre él.

No sentí nada cuando el coche chocó contra un obstáculo –luego, me dijeron que era una valla de protección– y lo atravesó. Tuve la sensación de que volaba suavemente. Después, un violento choque, una luz cegadora, intensísima y fortísimamente abrasadora.

Me pareció estar en el interior de una bolita que giraba incesantemente, en todas direcciones. Un estruendo monstruoso, que me pareció muy lejano, fue lo último que escuché, mezclado con aquella fantasmagórica y aberrante carcajada».

Bebí otro largo trago de whisky.

«Según los médicos, había sido salvado por un milagro. De no haber sido porque la lluvia caía de forma torrencial, me habría abrasado en el interior del coche. La violenta explosión me lanzó a varios metros de éste, totalmente envuelto en ardiente gasolina, y al caer sobre el empapado terreno, se apagó rápidamente.

Varias horas después fui encontrado por una pareja de novios, quienes al ver el boquete en la valla de protección, detuvieron su automóvil, y miraron a través de la obscuridad.

Un resplandor rojizo les llevó hasta mí, pero cesó apenas me encontraron. Debieron pensar que me había vuelto loco, pues no dejé de reír, hasta que en el hospital, sucumbí bajo los efectos de la anestesia».

Creo que aquí se puede dar por concluido mi relato. Lo que ocurrió después, carece de im-

portancia, salvo que estoy aquí, esperando lentamente, clavado en esta silla de ruedas, a que la muerte ponga fin a esta serie de sufrimientos que me han traído a ser lo que ahora soy: una momia que vive gracias a la misericordia de aquello, que primero se divertió conmigo, y después me hizo saltar a través de aquel mortal abismo.

No me cabe duda alguna sobre el origen del resplandor que guió a la pareja hasta mí, pues creo, que en el último instante, aquello llegó a apiadarse de mí, aunque ignoro el por qué.

Sólo sé que aun después de muerto, no habré conseguido olvidar del todo la demencial carcajada que rasgó la obscuridad de aquella noche.

-83

La calle increíble

Atardecía. Las hadas recogían los últimos globos salidos del volcán. La gente paseaba por la calle de las farolas encendidas. Se oía mucho ruido. Un vendedor de bufandas piropeaba incansablemente a las mujeres que pasaban. Todos se asustaron al ver que del avión que acababa de aterrizar descendían el inspector general de intenciones públicas acompañado del catedrático de críticas morales. Una vez fuera del avión saludaron a la gente, a la que calificaron de sabia, rica e inteligente. Todo marchó bien hasta que un ciclista sin permiso, temerario y empalagoso, se atrevió a contestar al catedrático:

–«Señor, es deseo general de este pueblo que se acabe lo antes posible con la oleada de criminales costumbres que azota en estos días a nuestra calle».

–«¿A qué se refiere usted»? –preguntó el inspector general. Y entonces el ciclista le habló de los bocinazos, piropos, aromas, noctívagos, rinocerontes encorbatados, brujitas almibaradas y demás acontecimientos que turbaban el sosiego de la calle cada atardecer. Pero el inspector no le creyó, y el catedrático siguió hablando, con gran contento de la gente. Hasta que, unos segundos antes de que se produjera la instantánea aurora que ya era habitual en aquella calle, una mujer que olía a coco, entre muecas sonoras y bufandas brillantes, empezó a confundirlo todo. Confundía las espadas con los paraguas, los rosarios con los collares, las cartas voladoras con las palomas, los grandes amores y los océanos...

Entonces, el inspector general sacó una bayeta y, mientras el catedrático le silbaba un adulador vals, limpió la increíble realidad.

Juan Angel Castaño

Reunión de suicidas

Estaban todos sentados tranquilamente alrededor de la larga mesa, gozando de esa serenidad que llega al alma después del dolor y la impresión final. Todos con sus trajes de gala, recordaban alegremente cómo habían puesto final a sus vidas.

–«Yo –decía un viejo de blancos bigotes– lo hice al enterarme de que había terminado la guerra. A partir de ahora todo sería muy aburrido, pensé».

–«Lo mío fue sobredosis de monotonía; al ver que no me aumentaban el sueldo y mi mujer no paraba de lamentarse, y toda mi familia diciéndome "eres un fracasado"... Bien, dije, aquí os quedáis y terminé con todo de una vez... Sí, creo que fue casi una venganza».

–«Yo lo hice del modo tradicional, con una pistola, –explicó un joven mientras cogía su copa–. Todo por una maldita nota falsa que di en aquel concierto al que había asistido el rey. Confieso que morí con rabia».

Bebían y reían. Alegres como sólo pueden estarlo aquellos que ya no tienen nada que sufrir.

–«Yo –dijo un hombre pálido al que apenas se le oía– decidí suicidarme cuando comprendí que ella ya no me quería».

Se oyó una coreada carcajada.

–«Creo... Creo que es un motivo...».

No le dejaron seguir hablando: la risa era ensordecedora.

El hombre pálido, avergonzado y arrepentido, cogió un cuchillo y se lo hincó en el corazón.

–«¡Vaya, ése le ha tomado gusto al juego!».

–«Es un auténtico profesional»– comentaban, y seguían riendo.

Juan Angel Castaño

El encuentro

Nos miramos redondeados en la sorpresa. Seres ruidosos transitaban por la calle. Lejos, ya muy lejos, un amigo alargaba la sonrisa hasta la otra parte del puente. Fue así. Doblar una esquina y aturdirme contemplando sus rotundos ojos que miraban. Las palmeras permanecieron quietas, calladas; y los dos intentamos acariciar el mar con la punta de la lengua. Mientras ocultaba mis manos en los bolsillos, deseoso de dejar en diez mil pedazos la calavera de mi Yorik, el milagro se hizo pesado como el día. Un recuerdo quedó herido clamando. Pero yo estaba sordo como las estrellas y soñaba ásperos minués llenos de ira. El mundo brillaba en aquel mediodía de silencio compartido. Llegué. Mi casa estaba repleta de redundancias. Saqué la llave y me prometí una oscura profundidad de espejo roto. Corrí en busca de ausencia y encontré gargantas sumidas en la claridad de la tarde. Y me llovió infancia hasta la saciedad del recuerdo. Abrí la ventana a la memoria: gotas de amor discurrían por los cristales; yo era un avión que transportaba niños de un paraíso a otro más remoto para aumentar el valor de las ilusiones... El canto de adolescentes me devolvió al interior que tenía forma de presente. Entonces comprendí el movimiento de mis manos. El mundo contemplado parecía una caricia. Aquella ventana no era un castigo pero alguien lloraba en otro tiempo y en otro modo. Era una última vez. La luz llegaba lujosamente empaquetada y me arrastré hasta el final del encuentro.

Juan Angel Castaño

No sabes cuánto me alegro

Llevaba ya más de tres horas escribiendo sin cesar ni un instante. Cuatro veces se había vaciado el tintero. Oyó el filial sonido del reloj que le anunciaba la media noche. Se detuvo. Miró los papeles que se apilaban sobre la pequeña mesa. De repente, como cuando se encuentra a un conocido ya un poco olvidado, empezó a pensar qué decir. ¿Qué decir de todo eso? ¿Pasarían todos de largo sin saludarle? ¿Por qué callaban tan obstinadamente? Ese disfraz tan... ¿Qué decir de todo eso? Ahora que cada nombre traía una oleada de dolorosos, gratos, irresistibles recuerdos: Ana María, Aloysa, Antonieta, Constanza... Y la envidiosa Marián... Y tantas otras... «¿Por qué me habéis desamparado?». Princesas sonrientes, fascinadas, damas con experiencia en el difícil arte de mover el abigarrado abanico, condes, marqueses, importantes hombres admirados. ¡Con sus pelucas tan bien puestas! Poetas, amantes y otros traidores, sencillos y borrachos que descansaron aquellos días, aplaudiendo, con los ojos muy abiertos gritando apasionadamente: «Viva el maestrino». «Me querían, sí, me querían. ¿Qué duda cabe? Me quisieron». Relojes de oro, porcelanas, violines, pañuelos delicadamente bordados, finísimos guantes, filigranas, felicitaciones, inutilidades, respetos... «Cuando yo sea mayor...». ¿Acaso iba a dejar de ser niño siquiera aquella noche? Teresa le esperaba y... Después de todo, el allegro estaba resultando demasiado triste... Mañana sería otro día. «Hay que... Sí, vamos a decirlo, hay que mendigar un poco a aquellos que se atrevieron a llamarse mis amigos».

«Le ruego, excelente amigo, que me envíe sólo por dos días algunos ducados...».

«Toda mi felicidad futura está en sus manos. Haga lo que pueda, según su noble corazón...».

«Por el amor de Dios, sáqueme del apuro en que me encuentro...».

«Sí, me quisieron, y me dejarán morir como un pordiosero. Y la pobre mujer, esa que espera, no sabe que hoy no puedo ni acariciar...».

(–«Ganarás dinero y nos iremos a París»).

Parecía creer... ¿Creer? Ganar dinero y volver a París... Ciertamente son dos cosas imposibles ya... Pero al menos la felicidad tendrá alguna puerta abierta para...». Para un niño de 34 años. Y ya no la tenía. «Llorar, sí, sería lo más fácil» («Llore conmigo, amigo mío. Hoy es el día más triste de mi vida... Mi madre ya no existe... Gracias a Dios he podido soportarlo con firmeza y serenidad»).

Firmeza y serenidad... Tampoco ahora le faltaban. Iría a Teresa con una sonrisa y cuando ella le dijese: «Pasado mañana vuelve Constanza; nos queda poco tiempo». Entornar los ojos y decir: «sí». Como si eso tuviese mucha importancia. Y si ella volvía a pedirle que recordase cómo se habían conocido... Sonreír, sonreirle siempre: «Sí, aquella noche estaba en tu casa; enfermo... Tan enfermo que creía que iba a morirme. Y me oiste gritar. Gritar hasta que abriste la puerta de mi habitación. «¿Qué le ocurre, Señor? Un músico no debe chillar». Lo recuerdo muy bien, lo recuerdo todo. «Y si Teresa estaba triste, cansada... Hablarle de París; de ganar dinero y volver a París. Decírselo todo a Constanza. ¿Decírselo a Constanza? ¡Qué tontería! Si Teresa era Constanza cuando Constanza se iba... Si Teresa, Constanza estaba triste aquella noche, hacer un esfuerzo por hablarle como a un niño, mentirle un poco para que no se desmoronase la gran verdad, la ilusión de aquella mujer que había querido amarle sin conocerle. «¿Me conocéis?». Esa era ahora la pregunta que temía hacerles. Teresa... El tiempo pasa... El tiempo pasa... ¡Qué ridículo es vivir! A veces, qué ridículo resulta vivir. Recordaba aquella carta que había escrito para su mejor amigo y que nunca se atrevió a mandar: «Mi pelea la invento yo, mi mayor enemigo. Y me duele porque me queréis... Me pides que piense que me queréis; lo sé, lo creo, pero... Nunca os pedí tanto como creí merecer. ¡Me he equivocado tantas veces! Y por vuestro amor ni me permito reprochármelo... Petición de pensar, cuando lo lógico es, mientras nos la den, una cruz en el cementerio». Y contrapunteando oía la voz de Constanza: «Piensa en tus hijos, tu obra, la inmortalidad». Sus amigos, Constanza, Teresa, como ángeles que viniesen a anunciarle la Paz

con el mundo, con la vida; como ángeles que viniesen a entorpecerle, a detenerle la angustia «sin motivo». «¿De qué te quejas? Eres famoso, la gente te quiere, tus hijos, tu mujer». ¿Qué buscaba entonces, y ahora, y siempre, qué buscaba? ¿Qué buscaba cuando la fiesta se terminaba y los amigos se despedían, recordando su música, felicitándole, renovándole las sonrisas? ¿Cuando Constanza dormía cerca de él, «después de muchos besos», como él había soñado que fuera durante tanto tiempo? ¿Qué buscaba siempre, desde siempre, sabiendo que sólo podemos esperar una cruz en el cementerio? «El tiempo pasa, sí, el tiempo pasa...» –Le decía Teresa. Todas las fiestas habían terminado, quedaba esperándole una mujer para la simple fiesta de quererle, sin ningún disfraz de lujo, sin princesas, sin luces increíblemente bellas... Una mujer que quizá le repetiría, en un momento de torpeza amorosa, la misma frase: «El tiempo pasa... El tiempo pasa». Sí, el tiempo pasaba. Los días ya no eran más tristes unos que otros. Eso sí, el dolor de cabeza últimamente se hacía casi insoportable. Pero la farsa no podía evitarse. ¿Acaso era una farsa? No, claro: le amaban. Y tenía que seguir escribiendo, aunque nadie le nombrase ya la inmortalidad. Escribir era más que una necesidad, más que un placer, más que un consuelo: un deber. Ridículo decirlo.

«Y bien; sigamos» –pensó, y terminó un compás un tanto extraño. «Algunos se quejarán, como siempre». Y sabía que cuando llegase su mujercita y le dijese: «Estoy mejor ¿sabes?». Tendría que alegrarse y decirle sinceramente: «No sabes cuánto me alegro».

Juan Angel Castaño

-83

CUENTOS:

La casa
La soledad de la turista bajo la sombrilla
La abuela y los testigos
Las bicicletas de Tabarca

Por GERARDO IRLES

La casa

Lo peor fue no reconocer los signos, los avisos que la casa, su estado envejecido, casi en ruinas, me iba mostrando: las grietas, los escalones carcomidos, los dibujos de la humedad en las paredes, a medida que subía por la escalera.

Aquella misma mañana efectué una visita de sondeo. Frente a sus patentes deficiencias, la habitación ofrecía ciertas ventajas: su precio módico, la libertad para introducir acompañantes que se me permitía, su proximidad del centro urbano. Por otra parte, llevaba varias semanas alojado en el piso de un compañero de estudios que empezaba a impacientarse por el alargamiento de mi hospedaje, por lo que debía mudarme cuanto antes. Así que me decidí y tomé alquilada la habitación.

Al dejar mis cosas en mi nueva residencia ésta me pareció aún más angosta que al examinarla por la mañana. La luz no funcionaba, detalle que, caída la noche, resultaba especialmente molesto.

–Paco te la arreglará cuando regrese –terció uno de los inquilinos que en ausencia del aludido hizo las veces de guía, enseñándome sus dependencias.

La conversación me produjo una rara sensación. En el piso habitaban ocho personas, sin que entre ellas existiera apenas otro vínculo que la mera residencia en común, aunque cada cual mantuviese su vida aparte de los demás, como en un régimen de pensionado. Durante los fines de semana, el lugar se vaciaba casi en su totalidad, por lo que hallándonos en viernes no podía presentarme al resto de los componentes de la comunidad. Algunos por sus oficios se retiraban de madrugada; otros se habían marchado ya a su pueblo de origen. Preparé la cama, sin deshacer por completo mis maletas y pedí se me entregaran las llaves correspondientes, pues pretendía salir a la calle y no volvería hasta tarde. Rogué que, por favor, se ocuparan de la iluminación de mi cuarto antes de su partida en automóvil hacia Soria, razón por la que, me enteró, aguardaba al otro.

Estuve en los bares más concurridos por la zona de Malasaña. Buscaba la muchedumbre, el rincón donde se riera más alto, la atmósfera más cargada, una compañía para pasar la noche, lo que siempre, aunque esta vez, noté, con mayor dramatismo. Quizá por eso, porque sentía una resistencia inconsciente a regresar a la casa solo, porque el extremo desamparo ahuyenta, nadie me prestó atención. O precisamente fue ésta lo que les hizo evitarme. La máscara de la luna sobrevolaba por las calles negras de Madrid.

El silencio era absoluto. La bombilla de mi cuarto no había sido cambiada y me desvestí con la luz que me llegaba del pasillo. A pesar de haber bebido bastante, me encontraba despejado. Instintivamente pasé el pestillo a la puerta. El ventanuco situado en lo alto, casi junto al techo, apenas dejaba entrar el aire justo para respirar.

¡Cómo pude quedarme con la habitación!, me reproché una y otra vez. Aunque tenía puesto el transistor –y cada canción que reconocía era una nostalgia de amigos, otras épocas, comodidades– estaba pendiente de la mudez que me rodeaba. No pensamos porque padezcamos insomnio; más bien la causa es la contraria: el insomnio se provoca porque el pensamiento, acelerado por la ruptura de uno de sus ejes, casi mejor: de sus amortiguadores, rebasa los límites horarios de su normal funcionamiento. Cuando el pensamiento no responde órdenes de nadie, ni siquiera de su dueño: he ahí el insomnio.

Debió ser cerca de las cuatro de la madrugada. Había conseguido mediodormitar durante una hora (ya la idea era obsesiva: sí, me había equivocado, me hallaba en una encerrona, con esa cortante lucidez del desvelo. Y no tanto por haberme instalado en la habitación como proyectándolo a toda mi vida: un error progresivo. Y tenía que escapar –sí, ahora sí, de la casa; lo de mi vida ya habría tiempo para pensarlo después–, pero cómo. Cómo llevarme la maleta, las carpetas y la máquina de escribir sin hacer ruido, sin despertar a los que dormían sin parecer sospechoso. Si es que algún otro inquilino reposaba en el piso aparte de mí. Intenté volver a dormir –«sueño, sueño, en qué óscura taberna rondas todavía sin acercarte a mis amantes ojos»–, para no percibir el lento, angustioso arrastrarse de los minutos). Al principio fue como el leve chasquido de una puerta al abrirse; luego unos pasos, casi imperceptibles, que se aproximaban a la mía. Me pregunté si la puerta sería la de una de las otras habitaciones o la de la casa. «Tal vez vaya al servicio», pensé. Apagué el transistor con sumo cuidado, para que quien anduviera por el pasillo no advirtiese que me hallaba despierto. Comprobé que los pasos se alejaban y se aproximaban a intervalos. Empecé a asustarme: lo de la luz podría no haber sido casual. «Amor, amor, no comprendes que esa tormenta que electrocuta tu descanso es la llamada de auxilio que te hago. Amor, si el amor es una telepatía, te suplico que vengas. Amor, que me voy a morir sin conocerte...». Sudaba no obstante el frío que se colaba por la estrecha ventana sin estrellas. No podía decir nada (la mente estaba embotada por el exceso de la tensión). Era claro que me querían asesinar, que me iban a matar allí, en ese lúguble cuarto de Madrid, ignorado –nadie conocía aún mi cambio de vivienda–, lejos del mar –recordar la misma palabra «mar» me añadía pena, desconsuelo–. Era el fin que momentos antes había presentido. Caí en la cuenta de que guardaba un pequeño cuchillo de monte en la maleta y aprovechando los instantes en que los pasos sonaban más distantes, silenciosamente lo cogí.

Cuando contemplé que la manivela de la puerta se movía impotente, bloqueada por el pestillo, me sobrecogí de espanto. En mi corazón se amontonaba el llanto, la cobardía, el grito, sin encontrar su desahogo en la voz. Hubiese pedido perdón por no importa qué culpa me quisiera achacar el forcejeador, por mi estupidez al haber elegido la misma residencia de un criminal. Me sentí un hijo de Kafka. Por mi cabeza atravesaron rapidísimas las personas que amaba –ahora ellas dormirían ajenas a mi terror, sumidas en la felicidad de lo normal–, y cuando iba a quejarme ¿quién? –ya no me importaba que supiese que velaba, que escuchaba su forcejeo; desesperado admitía la posibilidad de matar yo también– percibí que la manivela cesó de agitarse. Oí los pasos que se perdían, sonoros, ya sin la precaución anterior; el golpe seco de la puerta de la casa –ahora sí, inconfundible– al cerrarse. El cuchillo tembló en mi mano. Dejé que la música del llanto se expresase. Como un niño me ovillé. El silencio, a partir de entonces, fue diferente, vacío de presagios. Media ciudad de Madrid pernocta en su hogar, mientras la otra media se refugia en horribles cuartos de alquiler, donde no es preciso soñar para vivir una pesadilla. Temía cerrar mis párpados por si volvían los pasos

Me encontraba en un recinto de gruesas paredes de cemento, lo que, empero, no impedía ver que fuera de ellas había un campo regado por la lluvia. Agua, naturaleza, cemento... la interpretación me resultó patente: la vida me esperaba en el exterior, en las calles con adoquines y rótulos de panaderías modestas –y un deseo de sentir el frío madrileño, y el café con leche, malo pero caliente, de los bares con la radio emitiendo los deportes, y el cigarrillo encendido con el fuego de un madrugador–. Experimenté la alegría del preso que planea su fuga, cuya inteligencia le proviene de su ansia, de su encarcelamiento Mientras él se hallaba preso otros disfrutaban la vida; ahora le tocaba su turno. La casa era como una metáfora sobre mi vida, un riesgo: si lograba escapar de ella, también lo podría de mi pasado, de esa suma de equivocaciones que me habían conducido allí. Se trataba de economizar movimientos, de despreciar los inútiles; actuar con rapidez y decisión.

Redacté una nota justificando el abandono del cuarto y encima deposité un billete para compensarle por ello. Seguía sin oírse un ruido. Preparé mi equipaje. La puerta estaba a unos tres metros de distancia. Abrí, con un sobresalto: nadie. Saqué la maleta y todo lo demás. Abrí la puerta de la casa y despacio la cerré. Bajé las escaleras atropelladamente. Pero, ¿y si la puerta de la calle se hallaba cerrada? Me alarmé. No: vislumbré en el portal la luz grisácea, tranquilizadora del sábado. Llovía.

A los pocos días –me acababa de instalar en casa de otro amigo temporalmente–, hojeando el periódico en busca de otra habitación

–cuando ya comenzaba a pensar que mi experiencia– tan similar en su estructura y desarrollo a un sueño freudiano– era la resultante un mucho exagerado de mis pánicos personales, de una crisis de soledad, una alegoría, me detuve en una escueta noticia, en un bajo de la página de sucesos: en la casa se había cometido el día antes un crimen. La nota sólo añadía que la policía había iniciado sus investigaciones.

Madrid, Febrero de 1979
Elche, Enero de 1982

La soledad de la turista bajo la sombrilla

La turista continuaba allí, entre los rumores de la playa, con cierta inmovilidad de roca en la escollera.

Cada tarde la veía llegar indefectiblemente a la misma hora. Abría la sombrilla y a su sombra extendía una toalla multicolor. En seguida hacía como si se interesara por un diario gráfico de su país, en su incómoda posición horizontal. Con rigurosa puntualidad también, se adentraba en el mar y jugaba lejos de la orilla a sirena. Al salir del agua sus gestos eran de náufraga. Entonces sus ojos sin pintura recorrían la playa, como comprendiendo su soledad. Regresaba a su improvisada terraza y podía encender un pitillo hacia el final de la tarde. Acaso, algunas veces, las imprescindibles variaciones de la monotonía: otra turista, otro periódico, una marca de cigarrillos diferente...

Aquel día me había retrasado y temí no hallarla. Pero no, ella permanecía como siempre tendida bajo la sombrilla, con aquella calidad de animal enjaulado que le era tan característica. Deduje que por la hora se habría celebrado ya el rito del baño. La sombra de su improvisado toldo refrescaba un desigual círculo de arena apartado de su piel. Mantenía los ojos cerrados como si le horrorizara que al abrirlos el sol o una ilusión se le escapase, con el bikini rosa ciñiendo un antiguo deseo fracasado sometido a la intemperie del calor. La arena, el viento que se levantaba, invadía la toalla, el bolso, el paquete de cigarrillos sin encontrar una respuesta, un gesto de impaciencia o de coquetería, por su parte. Nada, como si, de pronto, el mundo hubiera perdido su sentido: los amantes que le acompañaban al hotel, las últimas modas de París, el billete no canjeable de avión que la devolvería a su tierra, las cuentas sin pagar... Como si se hubiera abandonado por primera vez en su vida a un placer, sin remordimientos.

La tarde olvidaba su azul. Los bañistas tornaban a la ciudad. Hubo la belleza de las primeras luces en el cielo. Pero la turista continuaba obstinadamente fiel al verano en la playa, perfecta en su quietud de sarcófago, aguardando puntual la cita, como una oscuridad pequeña dentro de la oscuridad que se avecinaba.

Decidí acercarme; pedirle fuego. Pero la turista, en algún momento de aquella tarde, había dejado de comprender lo que era el fuego.

-83

La abuela y los testigos

A mi abuela Antonia

Desde que aquel día tocaron a la puerta los dos jóvenes rubios, la abuela ya no fue la misma. Al principio sus visitas eran esporádicas, pero con el tiempo habríamos de acostumbrarnos a su presencia tímida, a su acento, a sus corbatas de ahorcados, como si se tratara de unos huéspedes. La abuela, que entre otras maravillas había nacido un veintinueve de Febrero, les invitaba a pasar al patio, donde se estaba más a gusto, bajo la sombra deliciosa de la parra y el jazmín, y el aire olía más dulce. Se sentaban alrededor de la mesa de mármol, y ellos comenzaban a suspirar palabras bondadosas y bíblicas. La abuela les escuchaba ensimismada y apenas les interrumpía para que le aclarasen el significado de alguna palabra o bien para levantarse en busca de nuevas raciones de horchata y madalenas con que amenizar los paladares. Hacía años que la abuela no hablaba con otras personas que no fueran las de la casa o, durante el sueño, con su marido, como denominaba a nuestro difunto abuelo.

Cuando los visitantes se marchaban, ella reiniciaba su trajín doméstico, siempre de un lado para otro con pasito de tortuga entrañable (esa forma de darse y querernos a través de sábanas limpias, botones cosidos y huevos pasados por agua), inventando nuevas ocupaciones y deberes –la higiene de los inodoros; por los cumpleaños, una dote superior para cada sobrino–, como para que se cumpliera cuanto antes lo que el libro de tapas azules prometía.

Un día, en los postres de la comida, anunció a la familia que se iba a morir, pero que no debíamos entristecernos pues muy pronto habría de regresar. A su «salida» no se le concedió mayor importancia, mas yo la seguí, sin que se apercibiera, hasta su habitación para espiar por la cerradura –cuantas cosas que he visto y no me atrevo a difundir, para que no me castiguen–. La abuela alisaba la colcha de la cama, luego cambió el ramillete de jazmín en su mesita, se mudó de vestido como para asistir a una boda o un bautizo y bajó la persiana. Al rato, cuando me introduje en la habitación para robarle un puñado de caramelos, de los que guardaba escondidos en un bote de Cola-Cao, mis pasos no la despertaron.

Meses después supimos lo sucedido: ellos, en sus charlas, le hablaron de la Resurrección y la abuela, tomándola al pie de la letra, decidió morirse para poder así lograr en una nueva vida lo que en ésta no había conseguido: aprender a tocar la guitarra y dejarse el pelo largo hasta la cintura. Ese pelo ensortijado, recogido en un moño clásico, con el que la habíamos enterrado.

Las bicicletas de Tabarca

A Fernando

Eran dos bicicletas nuevas: una negra y otra roja. Llegaron en un yate muy grande que atracó en el puerto llamando la atención de los que allí nos habíamos congregado. Un chico y una chica se bajaron con ellas y la nave se fue en seguida. La gente los miraba extrañada: ¿para qué querían una bicicleta si la isla se podía recorrer de punta a punta en menos de media hora? Pero eran extranjeros: eso lo explicaba todo.

Entraron en el pueblo y les vi detenerse en la casa nueva, enfrente de donde yo vivía. Debían conocer al dueño, porque traían las llaves. Los años anteriores, el chalet lo ocupaba un señor mayor con gorra de marino que daba los buenos días a todo el vecindario con un acento muy raro. A lo mejor eran sus hijos. Dejaron las bicis apoyadas en la fachada y penetraron en la casa. Me acerqué sin atreverme a tocarlas. Las dos tenían faro y timbre en el manillar y detrás del sillín había una carterita con las herramientas. Relucían como dos estrellitas de mar al sacarlas del agua.

Aquí no hay cines, ni un quiosco de tebeos ni máquinas de botones, sólo la barca de mi padre. Por las mañanas aún es divertido porque vienen los turistas y la playa se llena de gente. Por las tardes nos reunimos todos los chicos de la isla en la plaza y jugamos un partido de fútbol. Si alguien trae un tebeo lo lee en voz alta Paco, que es el más mayor y ha estudiado en Santa Pola. Después volvemos a casa a cenar pescado y patatas fritas.

Mi habitación daba a la ventana donde ellos dormían. Siempre mantenían la luz encendida hasta que la cortaban. Entonces, se alumbraban con muchas velas o colgaban linternas. Nunca les oí gritarse como hacen mi padre y mi madre. A veces siento miedo de estar rodeado por tanta agua y envidio a los que viven en Santa Pola. Por las noches apenas se escucha el ruido de las olas y lloro en la almohada.

Después de desayunarme hacía las compras que me encargaba mi madre en la tienda de la tía Pilar y el resto de la mañana lo pasaba en libertad, bañándome con Paco y los otros en las calas. Los domingos ayudaba al cura en la misa y a cambio recibía un duro. El tonto decía la suya en la cueva abierta en la muralla, casi a las puertas de la iglesia. Había muchas estampas de la Virgen y un sagrario con copones y cálices para repartir la hostia, y más cirios que en una catedral. Parecía el infierno, porque todo era de color rojo, hasta el crucifijo. Pero las madres no querían que le sirviéramos como monaguillos en sus misas. Además, él no pagaba un duro. Las vidrieras de la iglesia están tan altas que parecen conchas en la orilla del cielo.

Paco y yo éramos los que más seguíamos a los extranjeros en sus paseos por el lado no habitado de la isla, por el faro y el cementerio. Un día saltaron la tapia. Un abuelo mío vivía allí, pero como estaba muerto no se daría cuenta de que lo pisaban. Otras veces preferían bañarse en una playa solitaria con muchas algas. Antes de entrar en el mar se quitaban toda la ropa, incluso el bañador. Yo creo que ellos sí que eran felices porque tenían bicicletas y además se besaban. Mis padres nunca lo hacían delante de mí.

Cuando nos cansábamos de perseguir a los turistas, nos largábamos al faro. Antes los piratas y los contrabandistas se refugiaban aquí, pero hace tiempo que ya no. Según Paco, se escondían en las grutas que hay debajo del pueblo. Nosotros las exploramos por si alguna vez por las prisas se hubieran dejado un tesoro olvidado. Otro lugar que frecuentamos son las murallas, donde nos apostamos estratégicamente por si regresaran los pata de palo a rescatarlo.

No me gustaba septiembre porque siempre llovía. ¿Para qué sirve el mar en invierno, si uno no se puede bañar? A comienzos del mes se desencadenó una tormenta y hubo que amarrar bien las barcas. La lluvia desnudó sus colores y estuvieron más hermosas que nunca y más tristes. Algunas, incluso, de tanto dolor se precipitaron al fondo del mar.

Reparé en que su ventana se hallaba cerrada. Sus bicis tampoco las vi aparcadas en el portal, donde solían. Quizá las habían guardado en el interior para que no se mojasen. Pero bajé a la

calle sin que mi madre se enterara, como asaltado por un presagio. Llamé a su puerta sin saber qué excusa les contaría en caso de que me abrieran. Pero no lo hicieron. Alarmado corrí a buscar a Paco a su casa. La lluvia me azotaba la cara, pero algunas gotas eran de lágrimas. Paco los había visto pasar camino del puerto, acompañados por un guardia civil, sin las bicicletas. Cuando llegamos al puerto el yate blanco había zarpado y sólo distinguimos su silueta entre la cortina gris de la lluvia. ¿Y las bicicletas?, me pregunté mientras temblaba de frío y decepción. Un marinero encapuchado con una funda de plástico nos inquirió por lo que hacíamos allí. Nos marchamos a buscarlas. Inspeccionamos toda la isla soportando el aguacero, el barro en los zapatos y el helor en el corazón. Pero las encontramos. Las habían despeñado en la cala alfombrada de algas donde intercambiaban besos. ¿Por qué? ¿Tampoco ellos eran felices? Nos deslizamos por la costera hasta dar en la playa. Comprobamos sus desperfectos. Aún servían. Paco se quedó con la negra y yo con la roja que únicamente tenía roto el farol y varios radios. Al regresar a casa recibí una paliza por haberme escapado, pero no dijeron nada sobre la bici con la que había aparecido.

Cuando reapareció el sol con su canción marinera, la vida recobró su normalidad. Los barcos salieron a la mar y los niños a las calles embarradas. Nuestras bicis constituyeron la gran novedad. Todos pretendían montar en ellas y nos reprochaban el no haberles avisado cuando fuimos en su búsqueda. Se organizaron carreras hasta el cementerio, la «vuelta» a la isla. Yo me pasaba las horas limpiándola, preocupándome porque pareciese nueva, adornándola con cintas y escudos. Mi padre había reparado los radios y una vez que viajó a Alicante me trajo de allí una gorra de ciclista como los de verdad. Recorrer la isla no volvió a ser como antaño, pues ahora lo hacía en bicicleta. Ese fue el tesoro que descubrimos en la isla.

Ahora, cuando han transcurrido años y desgracias en mi vida, he vuelto por unas horas con mi mujer para enterrar a mi padre y he descubierto la bicicleta en un cuarto. Parecía muy antigua: ya no se estila ese modelo. Mi padre había continuado utilizándola hasta poco antes de su enfermedad. Me he subido en ella y tomé una dirección preconcebida. Cada giro del pedal me hacía recordar la razón del olvido al que con los años le destiné: la bicicleta hizo la isla aún más pequeña y a mi más mayor. Alcancé mi meta. Olía a algas, como siempre, como olerá hasta que la playa sucumba en el mar. La tiré. Fue el mejor septiembre de mi vida.